

La Encantada

Cuenta la leyenda que un jovencísimo príncipe árabe sucesor al trono deseaba desde su más tierna infancia hacerse con el poder, levantar una gran alcazaba y tener una hija que fuera la envidia de todos, y que fuese anhelada por todos los hombres.

Ante esto, asesinó a su padre y se proclamó Califa. Levantó en dos años una gran alcazaba a las faldas de una sierra, y se casó con veinticuatro mujeres que lo único que le dieron fueron hijos varones. Al instante, corrieron los rumores de que estaba maldito por todos sus actos y Alá no le concedía su deseo: una hija.

El tiempo corría en su contra. Y únicamente nacían varones. Y tal fue su cólera y sus ansías que una noche, bebido, Ziyâd raptó a la doncella que servía a sus mujeres, y la violó, con el resultado de que nueve meses después nació una preciosa niña de ojos azules y cabellera rubia como el oro. Se la arrebató a su madre, la llamó Bahira y difundió tal gran acontecimiento. Y, desde que cayó en sus manos, juró cuidarla y protegerla de la mano de todo hombre que osara hacerla suya. No podría enamorarse ni casarse, y tendría que servir a su progenitor hasta el día que muriese.

Bahira creció bajo las órdenes de su padre, y, con dieciséis años recién cumplidos, seguía viviendo aislada del todo el mundo, pudiendo salir únicamente a los jardines reales acompañada de su doncella a unas horas del día, la misma doncella que la seguía desde el amanecer y rendía cuentas a Ziyâd. Ante tal rutina, la joven sólo deseaba leer historias que la sacasen de aquella prisión, transportándola a mundos encantadores.

Varias semanas después de su decimosexto cumpleaños, llegaron varios pretendientes de países lejanos para pedir la mano de Bahira, la encantadora y bella Bahira, en matrimonio concertado. La muchacha se enteró por su doncella, y, emocionada, rezó a Alá para que su padre accediera y poder ser libre, a sabiendas de que era algo imposible: su padre ya había predestinado su futuro desde que naciera. Pero Ziyâd fue rotundo, y negó tal acto. Sin embargo, los pretendientes no quisieron darse por vencidos y pidieron aunque solo fuera verla, pero tampoco.

Y, día tras día, Bahira siguió con su rutina.

Al atardecer de un día de primavera, Bahira deseó salir a los jardines a leer. Y, mientras lo hacía, un joven muchacho saltó el cerco, y se quedó maravillado ante tal belleza deslumbrante: la mujer más hermosa que había visto en su vida. No tardó en agazaparse entre los arbustos, y obsérvala, hechizado. Sin embargo, al poco tuvo que regresar, y, al disponerse al saltar la pared, con mala suerte resbaló y cayó con estrépito. Soltó un grito que alertó a Bahira y a su doncella, la cual no tardó en disponerse a ir a llamar a los guardias. Pero Bahira la detuvo, y corrió a ver, emocionada. Su sorpresa fue grande al ver al mozo tendido en el suelo, inconsciente.

Y, a pesar de la prohibición de la doncella, lo llevó a sus aposentos, para curar a aquel joven tan cautivador, que, con el paso de los días, fue cautivando su corazón...

El mismo día que Bahira cumplió veinte años, un príncipe misterioso proveniente de Oriente se presentó ante el Califa. Mantuvo una larga charla con Ziyâd, en la cual le pidió la mano de su hija, alegando: «Dicen que es la más bella. Todo príncipe la codicia porque es misteriosa. Y yo soy uno. La colmaré de tesoros, y vivirá bien hasta el día de su muerte.» A lo que Ziyâd respondió: «No lo dudo, pero mi negativa ha sido para todos, y tú no vas a ser

menos.» «Te advierto de que ella no será joven toda la vida; su belleza se perderá, y, tarde o temprano, morirás y ella elegirá esposo. ¿No has pensado en eso?»

Tales palabras dieron que pensar en el Califa. Él podría mantenerla cautiva, prohibirle todo mientras viviera, pero tras su muerte, ella era libre. Por tanto, lo mejor era levantar sus normas.

«Acepto», fueron sus palabras. «Con la condición de que hasta el día de las nupcias no os podréis ver.»

Bahira no tardó en conocer la noticia de su matrimonio. Y no la recibió de buen grado. Montó en cólera, y se enfrentó a su padre, reprochándole: «¡Siempre he estado supeditada a tus normas! ¡Quiero ser libre y decir por mí misma! ¡Y no voy a casarme con un desconocido sino es con alguien a quien yo ame! Prefiero morir sola antes.» Y, con enfado, Ziyâd dijo: «¡Tienes que acatar mis órdenes!»

Esa noche, Bahira se reencontró como otras tantas veces con su amado. Y, llorando, le expuso las nuevas. Y él, loco de ira, no iba a permitir que su amada se casara si no era con él. Fue a los aposentos del Califa en mitad de la noche, acabando primero con la vida de los dos guardias que custodiaban la entrada, y le pidió que lo dejase casarse con Bahira, aportando que estaban enamorados. Y tal locura lo llevó a la horca por mucho que Bahira suplicó que no. Y el padre le prohibió salir de sus aposentos.

La joven cayó en la tristeza. Y, a pesar de la prohibición, salió un día al balcón y se mostró a la ciudad, peinándose los cabellos dorados y mirándose en un espejo su rostro marcado por el dolor, para que la conociesen de una vez por todas.

La respuesta de Ziyâd llegó pronto. La condenó a vivir encerrada para siempre en su habitación. Ella aceptó, pero siguió saliendo al balcón peinándose y mirándose, dando lugar a una canción: Bahira se peina y se mira, triste y desolada, rota de amor.

A los pocos días el Príncipe de Oriente llegó. Ziyâd le informó de sus nuevas: su hija no podría casarse, encadenada a estar por siempre sola y encerrada. Y el príncipe, un mago negro, lo maldijo: su reinado caería sin dejar restos, solo una leyenda, y Bahira viviría como una muerta en vida, encantada, peinándose y mirándose al espejo, mientras buscaba la Flor de la Maravilla para ser libre. Únicamente saldría una vez al año, en la noche de San Juan, durante un minuto. Ningún hombre podría tocarla. Y aquel que osara observarla en su búsqueda, y ella encontrara la Flor de la Maravilla, sería atrapado por ella ocupando su lugar, y ella sería libre.

Sin embargo, ella nunca llegaría a encontrar la flor, y la leyenda de la Encantada se propagó hasta nuestros días.

